

JOSÉ LUIS LORENZO BAUTISTA, ARQUEÓLOGO

José Luis Lorenzo nació en Madrid, en agosto de 1921. Llegó a México con su familia, refugiado de la guerra civil española. Hizo estudios de biología en el Instituto Politécnico Nacional y, luego, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, obtuvo la licenciatura en arqueología en 1951 y la maestría en antropología en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Los estudios subsecuentes los llevó a cabo en Inglaterra, en el Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres. Aprovechando su estancia en Europa fue a trabajar en excavación con François Bordes, en la Universidad de Burdeos. Fue miembro de la primera generación de antropólogos en el doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de México y tuvo becas de la Fundación Viking, del British Council y de Guggenheim.

En su vida profesional estuvo en el Instituto Nacional de Antropología e Historia. En esa institución fue investigador y recibió varios nombramientos: jefe del Departamento de Prehistoria y de Monumentos Prehispánicos, director de la Escuela de Restauración y Museografía, y presidente del Consejo de Arqueología. En 1985 fue nombrado Investigador Emérito.

Fuera de ella trabajó como coordinador de proyectos de arqueología en Perú y estuvo dirigiendo el diseño y la dirección del Posgrado en Antropología de la Universidad Nacional.

Publicó importantes artículos en México y muchos otros países, y realizó trabajo de campo en varias regiones del país. Murió en México, en julio de 1996.

Éstos son los datos. La historia verdadera, sin embargo, va más allá. El profesor Lorenzo, como profesional de la arqueología, planteó ideas y significó avances, tanto en la arqueología mexicana como mundial, que han sido y continuarán siendo de importancia estructural para esta ciencia.

Su labor se aprecia haciendo notorios los rumbos que tomó su carrera. Una dirección importante se dio en la aplicación de las ciencias naturales a la arqueología, quizá su contribución más conocida en México. Sus estudios en el IPN y su amistad y relación profesional con excelentes geólogos y botánicos

lo convirtieron en un investigador muy relevante en ese campo, para el que publicó varios trabajos importantes tanto por su aplicación a la arqueología, como por los estudios geológicos y geomorfológicos en general. Uno de ellos lo hizo con Federico Mooser y Sidney White: *La cuenca de México; consideraciones geológicas y arqueológicas* (INAH, México, 1956), pionero en el enfoque integral que usó. Su trabajo en Londres fue en el sistema que fundó Frederick Zeuner, donde se definía la estructura del dato arqueológico como la evidencia de la interacción entre acción humana y medio ambiente. En él estudiar los datos de la paleobotánica, la paleozoología, la geología y la edafología; entenderlos desde sus principios era básico para practicar la arqueología. Una parte fundamental de todo lo que publicó Lorenzo fue la manera de examinar, con detalle y conexión clara a las conclusiones, los datos generados desde las ciencias ambientales y su relación con el grupo humano que estaba estudiando.

En esa dirección de su formación no debe olvidarse la presencia y la influencia del que fue sin duda su maestro más influyente en México: Pedro Armillas. Este investigador, igualmente refugiado político español y egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, fue también muy influido por ideas de procedencia inglesa. Una de ellas era la de Zeuner su trabajo en ese sentido fue pionero en este enfoque en toda América. La idea tenía una relación muy cercana con la ya propuesta en su proyecto en la zona maya por Morley, que en *The Chichen Itza Project*, (Carnegie, Washington, 1926) y en la milpa experimental fue el primero en plantear la importancia de la agricultura en el mantenimiento de las ciudades.

Armillas, en varios trabajos como “Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica”, en el *Homenaje a Márquez Miranda*, (Universidades de Madrid y Sevilla, Madrid, 1964), da énfasis a la influencia de factores ambientales, como la precipitación pluvial en los puntos críticos de la secuencia del Clásico mesoamericano. En muchas investigaciones expone la idea de que el daño ambiental causado por la actividad en los grandes asentamientos condujo a que éstos se abandonaran porque habían generado un cambio climático que imposibilitaba su permanencia. Lorenzo, aprovechando su experiencia en biología y geología, aprendió mucho de esto.

Lorenzo hizo mucho trabajo de campo. La afición al deporte lo llevó a explorar sitios en las alturas de los volcanes, a bucear y a ser el caminante incansable durante el recorrido arqueológico. Su carrera como explorador de la prehistoria lo condujo desde los Andes hasta el norte de México, a veces con

los accidentes imaginables. El trabajo lo hizo excavar algunos lugares que para él fueron especialmente interesantes y le permitieron establecer secuencias sobre sitios muy tempranos. Sus investigaciones, primero en Tlapacoya, en el valle de México y luego en Cedral, San Luis Potosí, lo llevaron a plantear fechas muy tempranas para la ocupación de estos lugares y, por consiguiente, para la llegada del hombre a América. La discusión sobre las fechas de sus sitios, en la que Lorenzo, entusiasta como siempre, seguía apasionadamente defendiendo sus puntos de vista, siguió acaloradamente hasta su muerte.

No se puede entender a José Luis Lorenzo sólo como un intelectual o académico, era un impulsor y organizador. Como jefe del Departamento de Prehistoria del INAH organizó y dirigió un grupo de laboratorios que buscó la aplicación de tecnologías de alto nivel, combinadas con el desarrollo de métodos de costo razonable, necesarias para su manejo en México y su uso en la preparación de arqueólogos jóvenes.

Esos laboratorios reflejaron las ideas de Lorenzo. De botánica, zoología, geología y suelos fueron los grupos más importantes. Pronto vio la necesidad de buscar otras aplicaciones, por lo que se crearon grupos de química aplicada a la restauración, cuartos de trabajo para proyectos específicos, sitios para almacenar colecciones y muestrarios de materiales para consultar en el trabajo. Esa estructura, en el Departamento de Prehistoria, fue considerada como un adelanto notable en todo el mundo .

Entre lo que aprendió en su estancia en Europa, la metodología de excavación fue de suma importancia. François Bordes, en su trabajo en las cuevas de la Dordoña, fue uno de los excavadores más cuidadosos y minuciosos en toda la historia de la arqueología. La metodología de Lorenzo se desarrolló en ese sentido. Con él se cuidaban las técnicas de reconocimiento y de excavación para que arrojaran el mayor número de datos posibles, y el registro de campo y el manejo de materiales se convertían en cuidadosas labores que se conjuntaban con los resultados de laboratorio. Esta arqueología –le gustaba decir que el Departamento de Prehistoria no sólo se definía por la antigüedad de lo que exploraba, sino por la manera de hacer el trabajo– marcó su trabajo y el de sus estudiantes.

Su metodología sirvió de base para el desarrollo de una manera especialmente cuidadosa en el trabajo de campo. Sus grupos de trabajo se ponían de acuerdo en los sistemas de excavación y anotación, y, como prueba de cómo se podían hacer las cosas, se intercambiaba personal entrenado para trabajar con otro grupo en otro lugar, para probar si era posible integrarse a la nueva situación.

Esto, que parecería un ejercicio barroco, resultaba extremadamente útil porque el grupo de prehistoria fue el encargado de llevar a cabo proyectos de rescate arqueológico a gran escala, muy adelantados en su técnica y muy eficientes en su operación. El primer grupo en salir al campo trabajó en la presa de Infiernillo, en la frontera entre los estados de Guerrero y Michoacán; se siguió haciendo trabajo sobre el Río Balsas y sus afluentes, en las presas de La Villita y Palos Altos. En la frontera entre los estados de Chiapas y Tabasco se trabajó en la presa de Malpaso y en Angostura. Eventualmente, Lorenzo coordinó la enorme labor del rescate arqueológico con motivo de la construcción del Metro de la ciudad de México.

El problema de enfocar el rescate arqueológico lo vio Lorenzo con su acostumbrada precisión. El diseño del proyecto marcaba que primero se debían localizar sitios, mediante recorrido, por informantes locales y localización en foto aérea. El recorrido de superficie debía estar coordinado y con todos los datos que se tenían, pues se tendrían que hacer croquis y topografías, verificar tamaños y tipos de sitio, etcétera, así como una recolección de materiales que permitiera fechar las locaciones y encontrar relaciones primarias entre ellas.

Una vez hecho esto, se planeaba la muestra por excavar, lo que se llevaba a cabo de manera muy detallada. El material excavado se procesaba en el campamento, lavándolo, marcándolo realizando una clasificación primaria, separando muestras para exámenes de laboratorio y haciendo notar los datos especialmente interesantes para que recibieran atención especial.

Los resultados logrados fueron de primera clase. La arqueología de campo mexicana se colocó a la vanguardia de este tipo de trabajo, de gran importancia en todo el mundo.

No es posible entender a José Luis Lorenzo sin tomar en cuenta su preocupación por los enfoques de orden social en el estudio de sitios arqueológicos. Su ideología política, izquierdista desde muy joven, y sus estudios lo llevaron por ese camino. Fue también Armillas quien lo guió en ese sentido; él y Lorenzo fueron los primeros arqueólogos fuera de Inglaterra en entrar en contacto con los trabajos de Vere Gordon Childe, arqueólogo australiano que, sin duda alguna, es el teórico más importante sobre el tema de la evolución social y de las circunstancias que definen la regionalidad de una cultura, cuyos planteamientos son puntos de vista muy serios sobre la historicidad de la arqueología.

Lorenzo tuvo contacto con Childe en Londres, quien fue su profesor. De regreso en México estuvo muy influido por esas ideas y, en el Seminario de

Estudios Científicos y Filosóficos de la Universidad, que dirigió Eli de Gortari, publicó la traducción de los trabajos de Childe, comentándolos en prefacios muy analíticos.

Ese planteamiento siguió siendo suyo en toda su carrera y trabajó en esas ideas con otros colegas y amigos en México y en otros países, como el peruano Luis G. Lumbreras. Para Lorenzo esta preocupación redundó en trabajos como *Hacia una arqueología social* (INAH, 1976).

El trabajo personal de Lorenzo reflejó sus intereses académicos. Excelente estudioso de la lítica, su tesis la hizo sobre dicho tema en *Los Artefactos de Tlatilco* (ENAH, 1951). Esta dirección le permitió estudiar este aspecto al grado de definir una secuencia específica para la prehistoria de México, apoyada en la tecnología que apareció como *La etapa lítica en México* (INAH, 1967).

Tomando en cuenta todos los campos en que se distinguió, quizá lo más importante del trabajo de Lorenzo fue su dedicación a la enseñanza de la arqueología. Espléndido maestro en su compromiso con la formación de generaciones de profesionales, sus alumnos lo recuerdan como extraordinario en la capacidad de explicación y parco en las calificaciones. En la Escuela Nacional de Antropología e Historia dio los cursos de técnicas arqueológicas y en la clase explicaba detenida y minuciosamente el trabajo de campo y cómo hacerlo. En las prácticas supervisaba con mucho cuidado para que lo aprendido se utilizara. Otra clase que impartió fue la de tecnología primitiva, donde enseñaba sobre la manufactura de los materiales que estudia la arqueología. Veía especialmente la lítica, mostrando a los estudiantes cómo tallar. Ellos, a su vez, daban su litro de sangre en los intentos de lasquear piedra contra piedra. Muchas generaciones de arqueólogos, mexicanos y extranjeros, estudiaron con Lorenzo. Lo que enseñó hoy es parte de la arqueología bien hecha en muchos países.

En el hospital, cuando enfermó y murió, seguía pensando en su trabajo en Cedral, planteando sus ideas sobre la fecha del sitio y, desde la cama, las discutía con entusiasmo. Lorenzo vivió toda su vida como un arqueólogo completo. Campo, gabinete, laboratorio, oficina de funcionario y salón de clase fueron los lugares donde, siempre, hizo arqueología. Murió como un gran arqueólogo: discutiendo una fecha.

Jaime Litvak King